



EL CENTRO ALFARERO DE LA ATALAYA

Necesidad de creación de un ecomuseo

La alfarería tradicional de Gran Canaria debe ser observada dentro de su contexto socio-antropológico, más que reagrupada en las vitrinas de los museos y menos aún como objeto expuesto en los comercios de artesanías, en donde se presentan como elaboradas y destinadas a ser adquiridas por el turista como si de un *souvenir* se tratase. Desgraciadamente, ésta es su condición actual, fundamentalmente porque ya no cumple ninguna función salvo, claro está, la decorativa.

Por otra parte nuestra alfarería, poco o nada conocida, está siendo desplazada en los comercios artesanales por otras cerámicas fabricadas a torno y traídas desde otros contextos extrainsulares.

Sin embargo hasta hace muy pocos años la mayor parte de las localidades de Gran Canaria e incluso de otras islas del Archipiélago Canario se surtían de la alfarería que fabricaban las mujeres de tres localidades trogloditas de Gran Canaria: La Atalaya de Santa Brígida, Hoya de Pineda y Lugarejos.

Paulatinamente y a medida que el Archipiélago fue saliendo de su legendario aislamiento, comenzaron a introducirse en los mercados insulares una gran cantidad de productos y utensilios más duraderos: recipientes de hierro, cristal y luego plástico, que reemplazaron rápidamente a las tradicionales vasijas y recipientes de barro cocido. Al decaer la demanda, las mujeres fueron abandonando poco a poco el “oficio” prefiriendo otra clase de trabajos más rentables como la aparcería, la servidumbre, etc., quedando la tradición en manos de unas cuantas familias de las que hoy tan sólo quedan sus últimos descendientes.

Así, actualmente en Gran Canaria perviven, aunque en franco retroceso los centros alfareros de La Atalaya (Santa Brígida) y Hoya de Pineda (Gáldar-Guía).

El centro alfarero de Lugarejos, Artenara, desapareció como tal alrededor de los años 70, cuando Justo Cubas, el último alfarero, abandonó Lugarejos hacia otra localidad de la isla.

En La Atalaya y Hoya de Pineda donde todavía perdura la tradición artesanal, tan sólo unas cuantas mujeres y en menor número hombres, todos ellos de avanzada edad, continúan a duras penas construyendo vasijas de barro siguiendo un método antiquísimo, prácticamente el mismo que conocían las alfareras aborígenes antes de la llegada de los conquistadores.

En los yacimientos arqueológicos prehistóricos de la isla, encontramos el mismo tipo de herramientas de trabajo que las utilizadas por las alfareras-actuales. También la forma de algunas vasijas tradicionales, así como determinadas técnicas decorativas, coinciden con las formas y motivos de las cerámicas prehistóricas. También existen coincidencias de tipo antropológico-culturales entre los aborígenes y las gentes que viven en los poblados trogloditas de La Atalaya, Hoya de Pineda y Lugarejos.

De ahí la importancia que tiene el estudio en estas comunidades actuales para las ciencias antropológica y arqueológica, siendo en definitiva auténticos documentos descifrables sobre el pasado humano de nuestro pueblo.

EL CENTRO ALFARERO DE LA ATALAYA

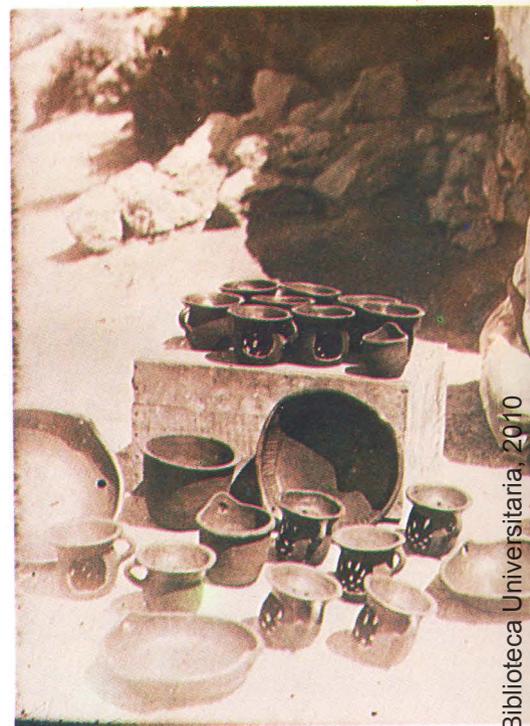
Hasta bien entrado el siglo XX los habitantes de este recóndito poblado, llamados talayeros, apenas mantenían contacto con la capital de la Isla, siendo también esporádicos sus contactos y desplazamientos a otras localidades y pueblos de la costa y el interior de Gran Canaria, a donde sólo acudían para intercambiar sus alfarerías por otros productos artesanales y alimenticios.

Como consecuencia de este aislamiento se produjo en La Atalaya un elevado grado de endogamia, siendo muy poco frecuentes los matrimonios celebrados entre varones y hembras de otras localidades.

Otro aspecto a reseñar es el carácter matrilocal de La Atalaya. Pues al estar el oficio que sustenta a las familias concentrado en la alfarería y al ser éste un trabajo casi exclusivo de las mujeres, son ellas en definitiva quienes sustentan la economía familiar. El hombre puede incluso emigrar o ausentarse por largos períodos de tiempo.

La unidad doméstica no se rompe ni se altera, pues gira en torno a un grupo permanente de madres, hijas y hermanas residentes, a las que adiestra prácticamente desde su nacimiento con pautas laborales de cooperación, compartiendo los mismos intereses materiales y sentimentales (M. Harris, 1983).

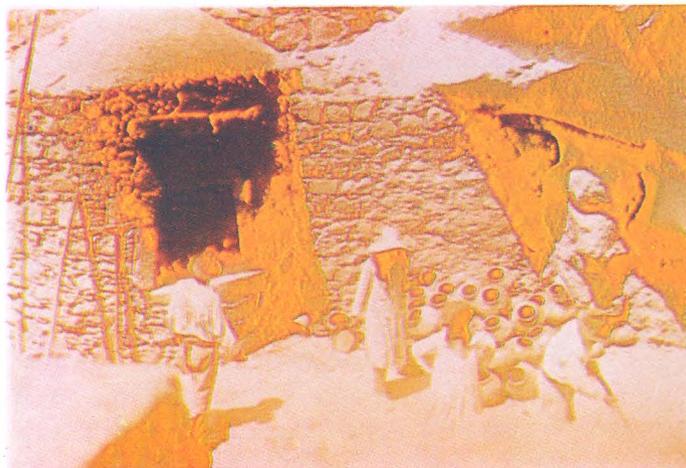
El hombre permanece en el poblado, colabora con la mujer procurando las materias primas: Extrae y transporta el barro y el almagra desde los yacimientos naturales hasta la cueva-taller, recoge y transporta la leña que servirá de combustible, "guisa" la alfarería y también se encarga de su venta ambulante, aunque las mujeres también participan en estos trabajos.



Antigua alfarera de La Atalaya

LA ALFARERÍA DE LA ATALAYA

En La Atalaya de Santa Brígida se elaboraban, siguiendo técnicas antiquísimas, la vajilla que se consumía en la mayor parte de los hogares de la isla. Los recipientes que salían de las cuevas talleres de esta localidad artesanal eran intercambiados por diversos productos en numerosos pagos y localidades de Gran Canaria, preferentemente en la costa Este y Sur, así como en las medianías y zonas montañosas del centro de la isla. En el Norte, Oeste y Sudoeste influía la alfarería de otros dos centros artesanales más cercanos como Lugarejos y Hoya de Pineda, en donde, al igual que en La Atalaya, eran las mujeres las encargadas de fabricar una amplia gama de recipientes, como bernegales, jarras para el



Los antiguos hornos a comienzos del siglo.

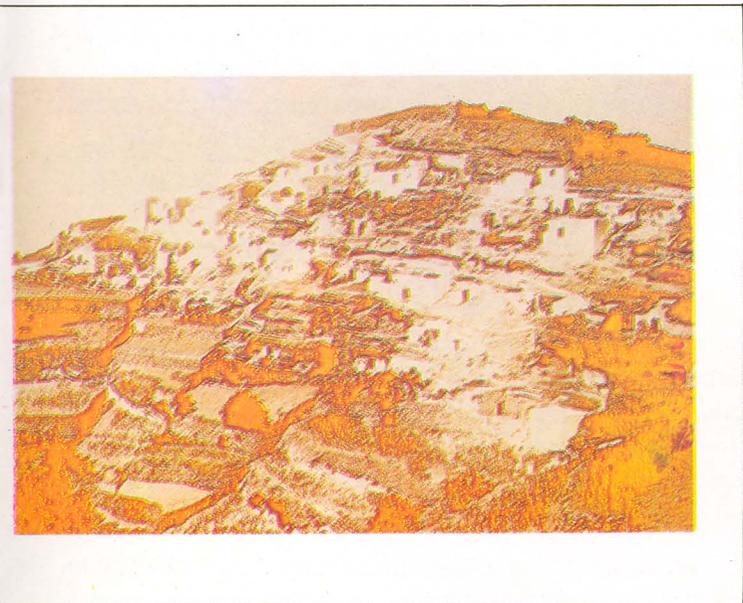


Santa Brígida, Gran Canaria.

gofio, tinajas para frutos secos, tostadores para el grano, gánigos, lebrillos, sahumadores, braceros, fogueros, hornillas, barquetas, pilones, etc.

Para la fabricación de estos objetos sólo se empleaba barro, arena de barranco y almagre rojo, todos ellos productos que se encontraban fácilmente en la naturaleza.

También las herramientas de trabajo se adquirían en la propia naturaleza: lisaderas elaboradas a partir de cantos rodados de basalto recogidos en las playas de la isla, raspas de basalto poroso o picón, canas para desbastar y trozos de basalto cavernoso para la elaboración de muelas de molino.



Por último, la leña para quemar los productos manufacturados, se podía recoger del propio medio que les rodeaba.

LAS CUEVAS Y LOS HORNOS

Resulta de gran interés subrayar la importancia documental, arquitectónica e histórica de ciertas construcciones artificiales que todavía se conservan en La Atalaya.

En primer lugar, hablemos de las cuevas viviendas y talleres, abiertas por el hombre en la toba volcánica. Constituyen un auténtico complejo urbano que supera el centenar de cuevas, las cuales conformaron el primitivo hábitat de los habitantes de La Atalaya.

Su técnica constructiva no difiere en absoluto de la que emplearon los antiguos pobladores de la isla. En la actualidad todavía se conserva un buen número de ellas, si bien en su mayor parte han desaparecido tras modernas construcciones, habiendo sido destruidas otras muchas para el mejor aprovechamiento de los solares. La mayor parte de estas cuevas artificiales sirvieron no sólo como viviendas sino también como talleres donde las mujeres trabajaron el barro. Hasta tal punto ello es así que todavía algunas personas ancianas del lugar recuerdan al pasar por la entrada de antiguas y hoy abandonadas cuevas, quiénes fueron sus antiguas dueñas, señalando incluso aquéllas donde se hacía la mejor alfarería del lugar.

En la actualidad, coincidiendo con un mayor desarrollo urbanístico del poblado, muchas de estas cuevas, auténticos testigos del pasado remoto de La Atalaya, se ven amenazadas por el avance de las construcciones o por la ruina inminente que presentan, agravada por el peso de construcciones recientes levantadas sobre sus techos o por las filtraciones de aguas residuales.

En nuestra opinión se debería efectuar un inventario exhaustivo de dichas cuevas, así como un estudio pormenorizado de sus características arquitectónicas y estado de conservación, además claro está, de declararlas como un Bien Cultural de carácter regional.

Los Hornos presentan un problema similar, si bien su situación es bien distinta, pues de los tres grandes hornos que existieron en La Atalaya hasta bien entrado el siglo XX, en la actualidad sólo se conserva uno, en lamentable estado.

Si se permite la destrucción de esta antiquísima edificación de piedra y barro, se asestaría un golpe mortal a la ya débil industria del barro, al verse los escasos artesanos que aún mantienen el oficio, imposibilitados de continuar con el trabajo.

Por último nos resta recomendar el que por parte de los organismos públicos como Cabildo Insular, Ayuntamiento de Santa Brígida y/o Consejería de Cultura del Gobierno Autónomo se deberían realizar las gestiones necesarias para que puedan ser reconstruidos los dos antiguos hornos hoy destruidos, pero de los que se posee abundante documenta-

EL CENTRO ALFARERO DE LA ATALAYA

ción gráfica como para abordar con absoluta garantía su exacta reconstrucción.

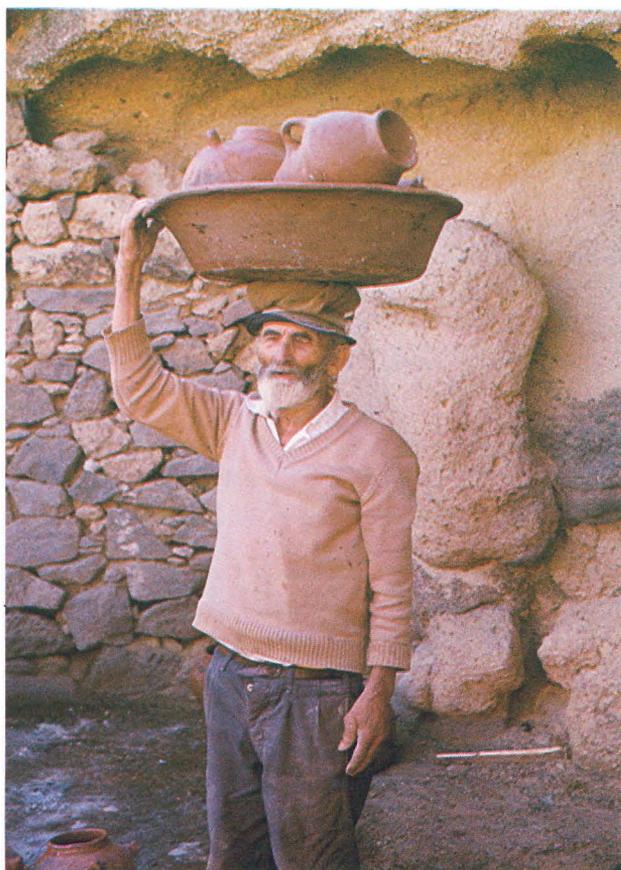
Recomendamos igualmente que algunas de las primitivas cuevas-talleres sean adquiridas por alguna institución pública, para una vez adecuadas sirvan como centros experimentales y de enseñanza de la tradición alfarera de La Atalaya, hoy amenazada por la falta de apoyo de las instituciones con responsabilidades en el tema.

SITUACIÓN ACTUAL

Con la desaparición del alfarero Francisco Rodríguez Santana, muerto a los 79 años, La Atalaya pierde a uno de sus últimos y más activos artesanos.

En la actualidad tan sólo dos mujeres de edad avanzada mantienen, sin mucho entusiasmo, la tradición alfarera. Una de ellas imparte clases de alfarería a grupos de niños vecinos de La Atalaya, clases que subvencionan las distintas asociaciones de vecinos de esta localidad. Estas clases se dan en unas cuevas que fueron compradas por el Cabildo Insular, siendo restauradas por el Ayuntamiento de Santa Brígida, corporación que se encarga de la gestión y mantenimiento del inmueble.

La otra alfarera, de mayor edad, trabaja en su cueva-taller, produciendo recipientes de barro de gran calidad, que



Panchito, uno de los últimos alfareros, recientemente fallecido.

suelen ser comprados por los innumerables visitantes que llegan a La Atalaya en busca precisamente de estas artesanías.

Importante es también destacar la presencia de un grupo de jóvenes que viven o no en las cuevas de La Atalaya, dedicados exclusivamente al aprendizaje y producción de objetos de barro. Su presencia en La Atalaya es importante, por cuanto contribuyen al mantenimiento de la tradición y además porque prestan una valiosa ayuda a las viejas alfareras, en las durísimas tareas de la extracción del barro, almagre, acarreo de leña y guisado de las piezas.

Este grupo de jóvenes artesanos se ha visto en estos últimos años reducido de forma ciertamente alarmante. Entre las causas que están motivando el abandono por parte de los jóvenes de esta actividad artesanal, destaca en primer lugar la falta de incentivos de todo tipo: lugar de trabajo, canales de comercialización, ayudas económicas en la modalidad de becas y convenios con el INEM.

LA CONCEPCIÓN DEL ECOMUSEO

Según Georges Henri Riviere, fundador del movimiento de los ecomuseos, éstos constituyen un instrumento que el poder político y la población conciben, fabrican y explotan conjuntamente. El poder, con los expertos, las instalaciones y los recursos que pone a disposición; la población, según sus aspiraciones, sus conocimientos y su idiosincrasia.

Un espejo, donde la población se contempla para reconocerse, donde busca la explicación del territorio en el que está enraizada y en el que se sucedieron todos los pueblos que la precedieron, en la continuidad o discontinuidad de las generaciones. Un espejo que la población ofrece a sus huéspedes para hacerse entender mejor, en el respeto de su trabajo, de sus formas de comportamiento y de su intimidad.

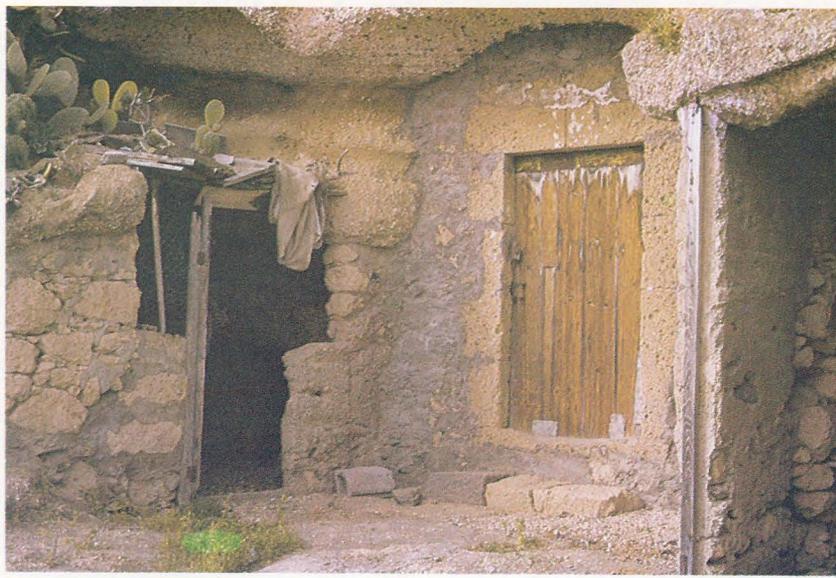
Un ecomuseo es también una expresión del hombre y de la naturaleza. El hombre es allí interpretado en relación a su ámbito natural, pero también tal como la sociedad tradicional y la sociedad industrial la transformaren a su imagen.

También es un laboratorio, en cuanto contribuye al estudio histórico y contemporáneo de la población y de su entorno y favorece la formación de especialistas en la materia, en colaboración con otras organizaciones de investigación.

Un conservatorio, en la medida en que asocia la población a sus actividades de estudio y de protección y la incita a tomar mayor conciencia de los problemas que plantea su propio futuro.

Este laboratorio, este conservatorio, esta escuela se inspiran en principios comunes. La cultura a la que pertenecen debe ser entendida en un sentido más amplio, y es por eso que se esfuerzan por hacer conocer su dignidad y su expresión artística, cualquiera que sea el estrato social del que emanan esas expresiones. Su diversidad no conoce límites, a tal punto difieren sus elementos de un caso a otro.

Su característica es la de no encerrarse en sí mismos: reciben y dan.



El éxito de los ecomuseos depende de la medida en que se permita la participación de la población en cada una de las etapas de su realización y posterior funcionamiento. La población deberá poder intervenir a través de sus asociaciones, económicamente o mediante la participación concreta en las actividades y trabajos.

Los ecomuseos en definitiva, deberán ofrecer la posibilidad de poner en práctica nuevas y más adecuadas estructuras educativas y permitir además la creación de centros de educación popular y de educación rural. Serán asimismo los más indicados para conservar los espacios y monumentos declarados de interés. Centros de recreo y de documentación cultural, los ecomuseos serán también centros de solidaridad y de promoción de la vida asociativa.

En un mundo contemporáneo que procura integrar todos los recursos del desarrollo, la museología deberá tratar de extender su cometido y sus funciones tradicionales de identificación, conservación y educación para abrirse a iniciativas que sobrepasen esos objetivos y se inserten en los del medio físico y humano.

Para lograr este objetivo e integrar la población a su acción, la museología deberá apelar cada vez más a la interdisciplinariedad, a los métodos de comunicación contemporáneos —comunes al conjunto de la acción cultural— e igualmente a los modernos procedimientos de gestión basados en la participación de los usuarios.

PROYECTO DE ECOMUSEO EN LA ATALAYA

A juzgar por los datos aquí expuestos se justifica plenamente la preocupación por el futuro incierto que se presenta para el centro alfarero de La Atalaya. En nuestra opinión no sólo se trata de preservar una tradición artesanal que por distintas razones se encuentra a punto de extinguirse, motivo ya de por sí más que suficiente para que esté justificada

la intervención de los organismos públicos con responsabilidad en el tema.

Otras razones de carácter científico se suman a las ya aludidas, y es que el poblado troglodita de La Atalaya constituye un valioso y único documento que se ha preservado intacto al paso de los siglos. Se trata, por tanto, de un auténtico fósil vivo, un túnel del tiempo, donde los investigadores: antropólogos, etnógrafos y arqueólogos pueden penetrar para obtener información que difícilmente hubieran podido conseguir siguiendo procedimientos normales de investigación. Los especialistas que trabajan en otros contextos, no cuentan con “documentos” de esta índole.

El poblado de La Atalaya constituye también un libro abierto al pasado, ya que bajo su suelo, cuando se excave, encontraremos muchas de las claves que nos vendrán a clarificar importantes aspectos de la vida económica y social de la comunidad aborigen que sobrevivió al trauma de la conquista. Etapa oscura sobre todo en lo concerniente a los aborígenes canarios, que ya no serían objeto de la misma atención por parte de los cronistas.

Sabemos que los canarios abandonaron sus antiguos lugares de asentamiento, desplazados por los conquistadores y colonos que se apropiarían de las mejores tierras. Los aborígenes, en su mayor parte, tuvieron que buscar nuevos lugares de asentamiento, aunque esta vez en los territorios más agrestes y remotos de la geografía insular. Los poblados trogloditas de La Atalaya, Cuevas de Pineda y Lugarejos, constituyen claros ejemplos de estos asentamientos aborígenes que se crearon inmediatamente después de la conquista. Uno de los argumentos más sólidos que hablan en favor de nuestra teoría lo es sin duda el hecho de que precisamente en estas tres localidades trogloditas se mantuvo viva una tradición alfarera cuyo origen es sin duda prehispánico, como así lo demuestran los estudios realizados sobre el tema.

Julio Cuenca Sanabria
Conservador del Museo Canario